

Acordaos, oh Jesús, del amor que tenéis á José; acordaos de sus méritos santísimos; de los cuidados y desvelos que tuvo por Vos; por todo esto, y por Vos mismo, inspiradnos hacia él un amor muy ardiente, y una constante y perfecta devoción. Haced que le amemos con un amor semejante al que Vos le tuvisteis; y haced que le honremos como Vos le honrasteis. Si él nos manda; hacednos cumplir todos sus mandatos; inspiradnos la docilidad y el rendimiento á las inspiraciones que nos mande.

¡Oh María! Vos deseáis que el amor de vuestro esposo reine en nuestros corazones; queréis que le honremos y que seamos sus verdaderos devotos, dadnos todos estos bienes, por el amor que tenéis á José; por el afecto purísimo y santo que siempre os tuvo. Tomad nuestro corazón y ponedlo en sus manos para que él lo encienda en vuestro amor y en el suyo; y Vos y él nos ofrezcáis y consagréis para siempre al amor de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo, á quien se den bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y gloria por todos los siglos. Amén.



CAPÍTULO XV

El Padre de los cristianos.

I

JOSÉ, el gran Patriarca, el muy amado de Dios, el custodio de nuestro Señor Jesucristo y esposo de María, es nuestro padre. Así es preciso reconocerlo y por tal debemos tenerle.

Jesús se ha dignado ser nuestro hermano, y El tiene á José por padre putativo: ¿no será nuestra gloria el tenerle por padre? De esta manera descubrimos entre Jesús y nosotros, como un nuevo lazo de amor que con El nos liga. Como hijos de José, siempre estaremos con él, y muy cerca de Jesús á quien tiene en sus brazos. Siempre estaremos á las órdenes de tan dulce padre; pondremos delante de sus ojos todas nuestras necesidades y miserias, le pediremos el remedio: ¿dejará de pedir por sus hijos al que es nuestro hermano, al que nunca desecha sus ruegos? Si no fuésemos sus hijos, ó si él no tuviese corazón de padre, acaso podríamos dudarlo; mas nada de esto sucede; porque lleno está su corazón de clemencia y

dulzura; su caridad es perfectísima, y ve en cada uno de nosotros á un hijo muy querido, en Jesucristo, su Hijo putativo.

¿Qué dejó de hacer el buen José por su amadísimo Jesús? Tampoco dejará de hacer por nosotros cuanto pueda; porque sirve en nosotros á Jesús, y le cuida y le ampara, y jamás le llega á olvidar.

No se olvidará de sus hijos nuestro padre amantísimo, porque es el más amoroso y perfecto de todos los padres; mas supongámoslo por un instante: estamos cerca de él y le hablamos con humilde confianza, porque somos sus hijos. Tendrá que vernos, y verá también nuestras miserias; oirá nuestras plegarias, y descubrirá nuestra confianza en su santo patrocinio: ¿no rogará por nosotros, ó podrá olvidarnos?

El padre tiene que alimentar á sus hijos, y así lo hace con nosotros el castísimo Patriarca á quien tenemos como padre por Jesucristo nuestro Señor. Este Hijo del divino Padre, es el pan que descendió del cielo para salud de los hombres, á quienes alimenta con su cuerpo y con su sangre. A este Hijo unigénito de Dios, el Padre le puso en manos de José no para que le ocultase á los hombres, sino para que le cuidase y le librara de la muerte, para el bien de los mismos hombres; pues se había hecho nuestro hermano á fin de redimirnos del pecado con el sacrificio de su vida. José no lo ignoraba; y por lo mismo todos sus cuidados y solicitudes respecto de Jesús, redundaban en bien de todos nosotros.

Un padre debe dar á sus hijos el conocimiento

de Dios; y José, al mostrarnos en sus brazos á su Hijo putativo, nos dice: Si le veis en mis brazos, sabed que eternamente vive en el seno de Dios, que es el Unigénito del Padre, el Hijo del Altísimo, y que fué concebido por obra del Espíritu santo.—A admirable enseñanza que ha derramado en el mundo la luz de Jesucristo.

Es nuestro padre el gran José. Así nos lo testifican el amor y la confianza que se digna inspirarnos el Señor con relación á su padre putativo. El amor que le tiene Jesús se extiende hasta nosotros; y si El descansa en los brazos de este su padre amantísimo, también nosotros descansamos, rendidos á sus pies.

Jesús le da el nombre de padre; y esto lo hace con un amor dulcísimo y sagrado; y nosotros con filial ternura le llamamos también nuestro padre.

Jesús le pide cuanto ha menester, y lo hace con una confianza muy grande; á nuestra vez también nosotros le pedimos que remedie todos nuestros males. No nos detenemos por las culpas que hemos cometido; porque él es, bien lo sabemos, un padre indulgente y lleno de bondad. ¡Qué compasión la suya tan llena de benevolencia y de ternura! Nos contempla ese padre, postrados á sus pies; y escucha cuanto le decimos con una benignidad incomparable. No se cansa ni llega á fastidiarse de nosotros, porque es nuestro padre amorosísimo y tiene sus delicias en favorecernos.

La bondad del corazón de nuestro padre nos llena de esperanza y de consuelo. ¿Cómo no esperar que hará por nosotros cuanto puede, ya que el amor que nos tiene es generosísimo, y no ig-

nora nuestros grandes males? Por otra parte, no hay para su amor dificultad alguna, porque todo lo alcanzan del Señor sus poderosos ruegos.

La experiencia que tenemos de su santo patrocinio nos llena de consuelo; pues las gracias y favores que hemos recibido por sus manos, nos están diciendo que en pos de ellos vendrán otros nuevos, ya que nunca cambia el corazón de un padre, y mucho menos el de ese padre amabilísimo y perfecto sobre todos los padres, después de Dios nuestro Señor.

José es nuestro padre; y los que somos sus hijos, descansamos bajo la sombra de su protección amorosísima, llenos de esperanza y de consuelo.

Si la fraternidad que tenemos con el Hijo de Dios que tomó nuestra naturaleza, hace que reconocamos á José por padre, el ser él esposo de María, nos da de nuevo este mismo derecho, si así podemos llamarlo.

Todos reconocemos en la Virgen santísima, á nuestra tierna y cariñosa Madre. Ella fué la preciosa y celestial herencia que Jesucristo nos legó al morir.

Es María nuestra Madre... Y al decirlo, rebotan nuestras almas de paz y de contento, y gozamos de las delicias del cielo al pensar que tenemos por madre á la Niña purísima y santa que llevó en sus entrañas al Hijo de Dios.

Somos sus hijos, y por esto, llenos de confianza, nos acercamos á Ella, y sin parpadear contemplamos su encantadora belleza. ¡Oh, cuán hermosa es, decimos entonces, la madre que el Señor nos dió! Mas ¿dónde está nuestro padre? María nos

señala á su sagrado esposo. Sí, José es también nuestro padre, porque es el esposo de María, virginal y santísimo, y el único elegido por Dios para una dignidad tan sublime.

Tenemos, pues, que el santísimo Patriarca es nuestro padre por dos títulos en verdad muy sagrados y que estimamos sobre nuestro corazón; por el primero José nos recuerda nuestra fraternidad con Jesús, y por el segundo, que somos los hijos de María; y volviéndose á nosotros, José nos dice lleno de ternura: ¿Qué más queréis? Os doy por hermano al Hijo de Dios vivo, á Jesucristo, mi Hijo putativo. Os doy por madre á mi muy amada esposa; y en fin, os recibo por mis hijos muy queridos.

Tales son las riquezas que están atesoradas en José, y que se digna concedernos al tomarle por padre. Inúndese, por tanto, de gozo el corazón de los cristianos al llamarle padre; y llenos de amor y de ternura, bendigan su gran misericordia. El es nuestro padre, porque así lo ha querido; porque siendo como somos hermanos de Jesús é hijos de María, pertenecemos á la Santa Familia que tuvo por jefe al castísimo Patriarca.

La paternidad de Señor san José que se refiere á nosotros por parte de Jesús, nuestro hermano primogénito, tiene un carácter singular de solicitud, de dirección y de ejemplo.

Un padre debe estar solícito por la salud de sus hijos, y tiene que atenderlos en todas sus angustias; debe dirigirlos con el ejemplo y la doctrina; y todo esto lo cumple nuestro padre amantísimo, Señor san José.

Tiene para con nosotros una solicitud que no tuvo lugar con respecto á Jesucristo: esa solicitud nos pertenece enteramente. Somos miserables y estamos expuestos á caer en el pecado; mas el padre vigilante y amoroso á quien nos referimos, ruega por nosotros al Señor, á fin de que se alejen los peligros, y cesen los combates, ó bien que en todos nos asista la divina gracia, y triunfemos siempre en Jesucristo.

El santísimo Patriarca, siempre fiel á las pruebas de Dios, sumiso enteramente á la divina voluntad, y obediente á las órdenes del Cielo, nos dice con su ejemplo cuál es la conducta que sus hijos tienen que observar, al hallarse en circunstancias semejantes.

En sus ejemplos de virtud, José nos dió una enseñanza sublime, una doctrina que nos lleva por el camino de Dios. Por lo demás, no busquemos en el Evangelio las palabras que pronunciaran sus benditos labios; pues no las hallaremos. Tales fueron su modestia y su santa humildad, y la contemplación en que le tuviera absorto el misterio del Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros; y esto era lo que le correspondía, atendida la intervención que Dios le había dado en la Encarnación de su Hijo divino, al hacerle su padre putativo y testigo fidelísimo de la virginidad de María.

Esa paternidad que tiene por causa el matrimonio del castísimo Patriarca con la Virgen santísima, la experimentamos amable y bondadosa en los grandes beneficios que José nos dispensa, por la compasión y la misericordia que le inspiran nuestras culpas y sus funestas consecuencias que

nos hacen verdaderamente desgraciados. La compasión y la misericordia á que nos referimos, no tuvieron lugar en el corazón del santísimo Patriarca con respecto á su Hijo putativo; porque Jesús no conoció el pecado. En cuanto á nosotros, nuestras faltas no inspiran á nuestro padre querido el deseo del castigo sino aquellos bienhechores sentimientos, la compasión y la misericordia; tales faltas no las contempla sino desde el punto de vista del mal de sus hijos y de las desgracias que pesan sobre ellos. ¿Y qué padre hay que no sienta en el alma lo que padecen sus hijos, y que no haga lo que puede por su bien? Trata de disculparlos, y si esto no es posible, pide y ruega una y otra vez hasta alcanzar el perdón. Y José, después de Jesucristo, es el padre amorosísimo que Dios mismo nos ha dado; y tendrá que cuidar de nosotros, y habrá de servirnos con una solicitud incomparable; y será tan dulce su compasión y tan señaladas serán también sus misericordias, que con la Iglesia tengamos que decir á Dios nuestro Señor: Me has dado la protección de tu salud y me ha tomado tu diestra.—Los hijos de José descansan bajo la sombra de su protección; moran bajo sus ramas, y su espeso follaje los defiende de los rayos del sol abrasador. Vosotros todos los que formáis la herencia de sus hijos, su querido pueblo, esperad en él, derramad el corazón en su presencia, y decidle: Tú serás para siempre mi canto de amor, porque en todo me ayudas, con la fuerza poderosa de tu brazo (1).

(1) Offic. Patrocin. S. Josephi.

II

Al terminar el párrafo anterior hemos cantado la gloria de José, que se ha dignado protegernos, cual padre amorosísimo y lleno de bondad, porque somos sus hijos; mas al decirlo, si por una parte nuestro corazón se llena de confianza, y gozamos de una felicidad desconocida, de paz dulcísima y profunda, y de un inmenso júbilo; por otra la vergüenza cubre nuestro rostro y nos sentimos confundidos. La confianza dilata nuestro corazón; porque ser hijos de un padre tan excelso, que todo lo alcanza de Dios y que tiene un corazón tan bueno, es una garantía que nos asegura el remedio de todos nuestros males cuando acudimos á su santo patrocinio, y le decimos: Somos vuestros hijos, ¿qué hacéis por nosotros? Sin duda alguna, lo que hace el mejor de los padres con aquellos que le invocan; porque son sus hijos; porque tienen en él su confianza. La confianza en los ruegos poderosos de José, jamás nos debe faltar. Bien sabemos lo que se dice en los sagrados Libros, hablando de nuestra confianza en el Señor: Los que confían en el Señor, semejantes al monte Sión, jamás serán conmovidos; no lo serán los que moran en Jerusalén. Los montes la rodean, y el Señor está en derredor de su pueblo desde ahora y para siempre (1).—La bondad de Dios nuestro Señor y los méritos de Jesucristo son los funda-

(1) Psalm. CXXIV, 1, 2.

mentos en que se apoya nuestra esperanza; mas no por esto Dios se ha ligado las manos; quiere también dispensarnos sus misericordias mediante las oraciones de los Santos; y así como entre éstos, es excelentísimo y muy amado de Dios, el gran Patriarca, así también sus oraciones son muy agradables á los divinos ojos, y José alcanza para nosotros cuanto pide por Jesucristo nuestro Señor. Ante la confianza de que hablamos, se presenta nuestra indignidad, y sentimos que el corazón se nos oprime. ¿Desechará las peticiones que le dirigimos, nuestro tierno y cariñoso padre? Y queremos separarnos del pie de sus altares; mas una fuerza misteriosa nos detiene allí; es la bondad de José, que á pesar de todo, quiere favorecernos rogando al Señor por nosotros.

Sin embargo de lo dicho, la confusión y la vergüenza no se alejan de nosotros. Nos tenemos por hijos de José; mas ¿en dónde está el honor que debemos tributarle? Somos sus siervos, ¿en dónde está nuestro temor filial para con él? Decía el Señor á los Israelitas las siguientes palabras que podemos aplicar á nuestro objeto: El hijo honra á su padre, y el siervo á su Señor. Si soy padre, ¿en dónde está mi honor? y si soy señor, ¿en dónde está mi temor? (1).

Debemos honrar á nuestro dulce padre con la veneración y los obsequios que corresponden á su dignidad altísima y á sus grandes méritos. Todo esto tiene que ser para nosotros poderoso motivo de un aprecio y de una estimación verdaderamen-

(1) Malach., 1, 6.

te singulares hacia la augusta persona del santísimo José, nuestro querido padre. Mas hasta ahora ¿le hemos venerado, le hemos apreciado de tal manera, que no tenga que remordernos la conciencia? Preciso es confesarlo con sincera humildad: en este punto hemos sido muy deficientes; y ni hemos correspondido á nuestro amado padre á quien tanto debemos por sus beneficios, ni la estimación y el aprecio han sido cual debieran ser para con el buen José.

Debemos amarle, porque los hijos han de amar á su padre. La dignidad del castísimo Patriarca, la excelencia y perfección de sus virtudes, la nobleza de su corazón, origen fecundo de los más elevados y generosos sentimientos, y las grandes misericordias que se ha dignado dispensarnos, todo esto se nos presenta como de improviso, al pensar en José, y nos dice con una voz llena de encanto y de dulzura: Amadle, y no despreciéis el precioso don con que Dios os enriquece al dáosle por padre.

Pensamos un momento en nuestro amado Santo, y no descubrimos en él sino perfección y gracia, bondad y clemencia: lo primero, porque Dios le quiso enriquecer con los espléndidos tesoros de la gracia, y con singulares privilegios que no concediera á los demás mortales. Lo segundo, halla en nosotros un glorioso testimonio. El nos ha favorecido en todas las necesidades y aficciones de la vida; y no ha desechado los humildes ruegos que le hemos dirigido, al implorar su santo patrocinio.

Amadle, nos dice el corazón, que se siente in-

clinado al amor de un padre tan bueno, y que se ocupa sin intermisión en despachar favorablemente todos nuestros ruegos.

Amadle, nos dice María, porque es mi esposo amable y fidelísimo, á quien yo tenía y amaba como padre, y que fué para mí como el ángel custodio á quien Dios confiara la guarda de mi pureza virginal; amadle, porque se ha dignado recibirnos por sus hijos; y ese padre os cuidará como la pupila de sus ojos; y siempre le hallaréis á vuestro lado para defenderos de todos los peligros.

Jesucristo, nuestro hermano primogénito, se vuelve á nosotros, y á su vez nos dice también: Amadle, porque Yo le amo y quiero verle amado de los hombres. Es mi padre putativo, y es también vuestro padre: honradle como Yo lo hice, y dadle el corazón, pues bien merece todo vuestro afecto. Al deber, á las inspiraciones de la gracia divina, á la gratitud, y á lo que nos pide el corazón, contestamos, rendidos á los pies de José: Es nuestro padre; y le amamos, cuanto es de nuestra parte, con todo nuestro afecto; tenemos nuestra gloria en ser sus hijos, y siempre le daremos, llenos de amor y gratitud, el dulce nombre de Padre.

Vano sería nuestro amor si no tuviese el testimonio de las obras; por esto debemos seguir los ejemplos de virtud y de santidad que José nos dió. Es nuestro padre, y tenemos que obedecerle; esto será nuestra gloria, ya que el Hijo de Dios también le obedeció; y ¡con cuánta fidelidad, con qué prontitud y alegría cumplió el divino Niño, en todas ocasiones, las órdenes de su padre putativo!

Y Jesús debe ser nuestro modelo.

Al darnos el Hijo de Dios por padre á Señor san José, su padre putativo, nos dispensó una misericordia excelentísima que es para nosotros de un valor inestimable, no sólo por las grandes gracias que nos proporciona, sino también porque en cierta manera nos eleva á una dignidad que no merecemos, y en la cual tal vez no habremos reflexionado lo bastante: al querer que fuese nuestro aquel que el mismo Jesús había escogido para tal cargo, descubrió que Dios quería la intimidad del amor con nosotros, sus indignos hermanos.

Otro tanto podemos decir con respecto á la Virgen santísima: José nos liga con Ella con preciosa cadena de oro: es como el hilo conductor que le trasmite y deposita en su seno todo nuestro afecto.

Estas grandes misericordias del Hijo y de la Madre, nos obligan por todo extremo con Ellos; por esto los bendecemos y les damos gracias, y cantamos su gloria con todo el corazón. ¡Bendito sea el Hijo de Dios que nos dió por padre á Señor san José, su padre putativo! ¡Bendita sea la Madre purísima de Dios que hizo otro tanto con nosotros, dándonos por padre á su muy amado esposo! Es José nuestro padre... Pronunciamos ese nombre llenos de alegría y de un gozo inexplicable; y volviendo hacia él nuestras miradas, le decimos: Somos vuestros hijos, jamás nos olvidéis; sois nuestro padre, bendecidnos, protegédnos y rogad por nosotros al Señor.



